

## **1er. Domingo de Pascua. Año A**

### **Lectio divina sobre Jn 20,1-9**

---

El relato nos sitúa en los momentos iniciales de la experiencia pascual y nos cuenta cómo, ante el sepulcro vacío, se originó la fe en el Resucitado. No todos, mejor, sólo uno, de cuantos encontraron la tumba abierta reencontró la fe. Ni María ni Pedro supieron *ver* y *creer*: tan seguros estaban de la muerte de su maestro que no entendieron que Dios se les había anticipado devolviéndole a la vida, una vida sin muerte ni mortajas. Sólo el discípulo que sabía del amor de su Señor supo que estaba vivo, cuando vio que El no estaba en la tumba y que ya no necesitaba mortaja. Pedro y el discípulo amado recorrieron el mismo camino, alarmados por el testimonio de María, pero sólo creyó el discípulo que se sabía amado: sentir en uno mismo el amor de Jesús sigue siendo hoy el modo de presentirlo vivo.

---

**<sup>1</sup>El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.**

**<sup>2</sup>Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo:**

**«Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.»**

**<sup>3</sup>Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. <sup>4</sup>Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; <sup>5</sup>y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. <sup>6</sup>Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: <sup>7</sup>vio las vendas en el suelo y el sudario con que le hablan cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. <sup>8</sup>Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. [<sup>9</sup>Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos].**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Mientras los sinópticos insisten en la proclamación de la resurrección de Jesús (Mc 16,6; Mt 28,6-7; Lc 24,5-6.34), Juan la narra haciendo crónica de los encuentros personales del Resucitado, que ocurren en Jerusalén, el primer día de la semana (20,1.19). Jn 20 está dividido en dos escenas: al amanecer, en el sepulcro (20,1-18), se constata la desaparición del cadáver (20,2.13.15); cuando anocheció, en una casa particular (20,19-29), se impone la presencia del Resucitado (20,18.25.29). Jesús, nombrado hasta catorce veces, domina el relato.

Nuestro pasaje recoge el primer episodio (20,1-9) de la escena en torno a la tumba vacía (20,1-18). Aún estaba oscuro y a oscuras quedaron María y Pedro ante el hecho del sepulcro abierto y vacío. El relato, aunque verosímil, es, sobre todo, descripción de un camino de fe: *ver* es paso previo y necesario para *creer* (20,8), pero sólo el haber visto no lleva a la fe (20,1.7): encontrarse con la tumba vacía y con las mortajas inútiles no es suficiente para creer vivo al crucificado.

La tumba vacía, descubierta al amanecer, lleva la oscuridad ambiental al corazón mismo de la protagonista. María, una de las mujeres que asistieron a la muerte de Jesús (21,1; 19,25). Nada se dice de la intención que lleva a María al sepulcro (Mc 16,1; Lc 24,1: las mujeres lleven aromas para ungir al cadáver; Mt 28,1: fueron a contemplar la tumba). La Magdalena (20,16.18), aunque primera espectadora del triunfo de Jesús sobre la muerte, todavía no es creyente; imagina que el cadáver - 'lógicamente' - ha sido secuestrado y corre a decírselo - también muy lógico - a Pedro y al 'otro' discípulo. Hay en esta reacción de María un doble motivo teológico: por una parte, la visión de la tumba abierta no lleva a la fe en la resurrección por sí sola (20,10); por otra, el hecho de que el primero en ir al sepulcro lo encuentre ya abierto descarta, sin afirmarlo explícitamente, el rapto del cuerpo (cf. Mt 27,64; 28,11-15).

Tras esta primera, infructuosa, visita, se narran las prisas de los dos discípulos que compiten por llegar antes al sepulcro (20,3-4). Pedro es mencionado primero, entra primero en el sepulcro (20,6) y ve lienzos y velos solos (20,6-7). El discípulo anónimo (19,25-26) es el primero en llegar a la tumba (20,4), en ver las vendas (20,5; 19,40) y, sobre todo, en llegar a la fe (20,8). Quienes entraron en la tumba, toparon con la ausencia de Jesús; quienes habían convivido con él y, juntos, asistido a su pasión (18,15-16), sólo pueden certificar la desaparición del cadáver. Aquí, los discípulos - y no unas mujeres (Lc 24,24) - son todavía testigos de muerte (20,5-6).

Pero uno de ellos, el que llegó primero al sepulcro y no entró (20,8), al que se le distingue por el amor de Jesús (20,2), ve y cree. Ve lo que Pedro ha visto, una tumba vacía y unas mortajas bien dispuestas; pero cree que el Ausente ha vencido a la muerte. Para Jn, y en contraste con la tradición sinóptica, el discípulo que mejor cree es que más amado se cree, el primer creyente en el Resucitado es su amante mejor: ya que el amor entraña una peculiar y profunda forma de reconocimiento, sólo quien ama entre los discípulos es capaz de ver sin pruebas o, mejor, de creer en la vida de su Señor amado cuando sólo contempla su mortaja. Para el discípulo amado irá dirigida también la bienaventuranza que cierra el cuarto evangelio, puesto que él empezó a creer, sin tener necesidad de haber visto (20,8.29).

Una anotación redaccional dirigida a los lectores concluye el relato; expresa una muy antigua convicción cristiana: la Escritura misma no les llevó a la fe en la resurrección, aunque en ella estuviera predicha; la inteligencia de la Escritura no precede, sigue a la experiencia pascual (20,9. Cf. Lc 24,25-27.44-45). Pedro y María vuelven a casa sabiendo que Jesús no está en la tumba (20,10): no saben dónde puede estar su cadáver. Siguen sin saber que está vivo; son ya, pero sólo, testigos de su desaparición. Para saberlo vivo, hay que saberse de Él amado.

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Hoy el evangelio nos sitúa en el origen mismo de la experiencia pascual. Dios se anticipó a los más madrugadores y devolvió a Jesús a vida nueva y mejor; tan madrugador fue Dios el día de Pascua que pilló desprevenidos incluso a los más tempraneros de entre los discípulos de Jesús. Preocupados como estaban ellos de cuidarse de un cadáver no pudieron sospechar que Dios se hubiera ocupado ya en darle vida, anticipándose al día y a sus cuidados. Muda señal del paso de Dios era esa tumba abierta que tanto les sobresaltó: la muerte, su poder, estaban rotos, vencidos. Pero los discípulos, empeñados todavía en actuar de sepultureros, no podían creérselo.

Algo nos dura aún a nosotros de su despiste, de esa primera incertidumbre y tristeza que cayó sobre aquellos discípulos: *tan sensibles vivimos por su pérdida, tan huérfanos de Jesús estamos, tan perdidos sin él en nuestro mundo, que seguimos buscándole entre los muertos, echándole de menos entre los vivos, dándole por extraviado sin saber dónde se nos ha ido a parar*. Seguimos como aquellos buenos discípulos haciendo de sepultureros bienintencionados, cuando lo que está necesitando Jesús son testigos valientes de su resurrección. Esa es la impresión que podamos estar dando a quienes nos ven preocupados por tantas cosas que no son las de Dios.

Volvamos a nuestros orígenes. Volvamos a proclamar lo que ya sabemos: que no está entre los muertos quien vive para siempre, que no pertenece a ningún sepulcro quien ha resucitado. Convirtamos nuestra pena en gozo y hablemos a los demás de nuestra experiencia: *donde hoy se le echa de menos, hace falta un cristiano que lo proclame vivo y presente; donde hoy se le da por perdido, seguimos perdiendo los cristianos la oportunidad de encontrarlo; donde hoy se le dé todavía por muerto o desaparecido, hay que encontrar el arrojo y las palabras para proclamarle resucitado*. El testimonio que debemos al mundo no puede reducirse, con todo, a meras palabras: *su nueva vida se proclama con una vida nueva*, una vida que no responda ya a los criterios que le condenaron a muerte, una vida que pueda ser comprensible sólo en el caso de que realmente viva.

Pero, ¿cómo llegaremos a la convicción de que en verdad vive, de que ha resucitado? Siguiendo el mismo camino que recorrieron Pedro y el discípulo a quien Jesús había querido el día de Pascua. Alarmados ambos por el testimonio de María, se pusieron a correr hacia el sepulcro, igualados en su incertidumbre y por sus prisas, sin poderse creer cuanto la mujer les había contado y sin imaginarse siquiera cuanto Dios ya había hecho. Hicieron un camino en común, sin importarles mucho la angustia que compartían ni su incredulidad; compañeros de prisas y de interrogantes, llegaron juntos a la tumba, que encontraron abierta y vacía, con la muerte vencida, ausente el cadáver pero no las mortajas. *Los dos vieron las mismas cosas, pero sólo uno creyó*, el discípulo a quien Jesús había querido; el más amado fue quien antes llegó a la fe: saber de su amor le hizo saber de su amado.

Para convertirnos los testigos de Cristo Resucitado nos hace falta sentirnos por él amados, como el primer creyente. Llegó antes a la convicción de que Jesús vivía no por haber llegado primero a su tumba, sino quien siempre se supo querido. *El amor ve más en el vacío, se rinde menos ante las apariencias, vence mejor la desesperanza, comprende antes lo aún oscuro y pregona con mayor convicción lo que ya siente*. Como en el alba de la primera Pascua, *Jesús vive hoy para cuantos se saben amados; quien no alberga duda alguna de que es querido, no duda de que vive quien le quiere; y es que amor que se siente es amor que se afirma*. La fe en la Resurrección no es tanto una opción contra toda evidencia, sino la evidencia que da sentirse querido; *la fe no es esfuerzo personal, afirmación de lo que no se ve, sino aceptación del amor gratuito, afirmación de cuanto ya se experimenta*. Seguros de su amor no necesitaremos verle para creerle vivo ni encontrarle personalmente para sabernos personalmente amados.

Hoy hay que rebelarse contra quienes, en la forma que sea - pues son miles los modos al uso -, se nos quiera enterrar de nuevo a Jesús; nos jugamos en ello el amor que nos tiene. Hay que atreverse a declarar vencida toda muerte y abierta cualquier tumba, puesto que Jesús ha resucitado; nadie tiene derecho a silenciar la nueva vida de Jesús Resucitado: se nos negaría el derecho a sentirnos de él amados. Hay que aceptar que Dios sigue anticipándose a nuestro dolor y a nuestras muertes, como aquel primer día de Pascua; y hay que volver a proclamar lo que sabemos: que su tumba está vacía porque nuestro corazón está lleno de El. Quien de nosotros consiga decirlo de forma fehaciente, será el testigo de Cristo que Dios, y nuestro mundo, hoy están necesitando. Pues, mientras decimos lo que sabemos, que Jesús vive, nos sabremos sus testigos amados.

No es difícil, pues, recuperar la ilusión de ser cristianos; tan sólo basta con que nos pongamos a decir lo que sabemos: que Dios sigue madrugando más que cualquier sepulturero, que el sepulcro de Jesús está vacío y que su muerte ha sido vencida. Y que no podemos callárnoslo, pues nos perderíamos su amor hoy y la vida sin fin tras la muerte. Es demasiado lo que arriesgamos por no arriesgarnos a sentirnos amados por Cristo vivo. Para amarnos vive hoy y para amarle siempre viviremos nosotros mañana.

### **III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado***

Te alabo, Señor Resucitado: tu victoria sobre la muerte llena de esperanza mi vida mortal. Dame la capacidad de confesarte vivo donde todos, incluido yo, no advierto más que tu ausencia, ven a mi encuentro cuando yo encuentre muerte y desolación a mi alrededor. Esa, tu sepulcro vacío, fue la cuna de mi fe: ¡sigua siendo para tu Iglesia el lugar de renacimiento! Haz que sienta tu amor, aunque no goce de tu presencia; así me será fácil ver las pruebas de su muerte, palpar tu ausencia, y creer que vives. Si me concedes sentirme amado, te confesaré resucitado.

Te alabo, Padre de mi Señor Jesús, porque haber madrugado ese primer día para no permitir que tu hijo conociera la corrupción, habiendo conocido la muerte, ¡y qué muerte! Adelantándote al aurora y a los discípulos tempraneros, recuperaste a Jesús para ti..., y nos dejaste algo solos en este mundo. Que perciba en la oscuridad tu presencia, que presienta en la soledad tu compañía, que afronte la muerte, mía y de los míos, con la convicción de que solo será una etapa transitoria, que viva hoy esperando acompañar un día, y para siempre, a tu hijo, mi Señor.